

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

GUANO MALDITO—Por Joaquín Aguirre—
Colección Andina—Bogotá—Ediciones Tercer
Mundo—La Paz—Bogotá, Colombia.

Joaquín Aguirre es un escritor boliviano de raíz, dolor y presencia boliviana. No es un hacedor de camafeos literarios sino un escritor que denuncia hechos amargos, casi inconfesables, si no estuviera de por medio el oro maldito que va a enriquecer las bóvedas de los grandes bancos de Europa.

El tema de los excrementos de las aves migratorias que vuelan sobre el Océano Pacífico acaso sirviera para una obra de humor, si no hubiese corrido tanta sangre humana a causa de este guano que enriquece como abono la tierra de remotos países y poco o casi nada deja a las naciones que buscan las divisas a través de la defecación de las aves. “La explotación intensiva de guanos de pájaros marinos y salitres nitrogenados del desierto de Atacama, para abonar y enriquecer los campos de Europa y de los Estados Unidos, arrasó a Bolivia, Chile, Perú. a la sangrienta guerra del Pacífico del año 1879.

“El origen de la Guerra del Pacífico, se remonta a las disputas entre Bolivia y Chile por los guanos de mejillones que se convertían en codiciadas libras esterlinas de oro en épocas de la Reina Victoria, cuando el mundo solo conocía el uso de los abonos naturales.

“Guano maldito revive la tragicomedia de los pueblos subdesarrollados que luchan para vivir de ese guano que abona las tierras de países lejanos y que en última instancia es oro que se queda lejos, en bóvedas de bancos de Londres, París, Nueva York”.

Es en verdad este libro algo impresionante y funambulesco. La rapiña por los excrementos de las aves, es digna de un esperpento de don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro. Gotea sangre y una máscara de burla bailotea sobre los rostros convulsos. Una serie de naciones de Sur América persiguiendo la materia excrementicia de bellas aves que despliegan su vuelo sobre el Océano y llegan a las playas para dejar su "cosecha de desechos orgánicos", perseguida ésta por la fiebre de oro de los hombres. Agotados los metales preciosos, el oro, la plata, las esmeraldas, también los desechos orgánicos de las aves sirven para que la economía de los países subdesarrollados se alimenten de esta fétida materia.

El tema lo trata este escritor con punzante ironía. Y con este fruto podrido las bellas mujeres de la oligarquía criolla compran perfumes, collares, vestimentas de seda transparente y mórbida, se paga el tierno champán y se habla de la redención de estos pueblos y se pretende sacarlos del socavón del sub-desarrollo. Qué ovillo tan sucio y enredado. Si ni siquiera podemos tener la sabiduría de destriar las hebras del verdadero terminucho que corresponde a lo que en los humanos se llama simplemente miseria fisiológica, antesala de la gran podredumbre cuando el cuerpo ya no ejerza función vital sobre las cosas en torno.

Guano maldito es una novela de denuncia, que atrista y avergüenza. Y pensar que por esas materias fecales se ha derramado sangre de hermanos, el colonialismo ha hecho de las suyas y los sueños bolivarianos se han espolvoreado como vilanos en un aire lento, turbio, caliginoso y miserable.

EL LETRADO ESPAÑOL JOSE MARIA ALFARO Y POLANCO

José María Alfaro, fue Embajador de España en Colombia, en tiempos difíciles. Su misión, por tanto, no era fácil. La guerra civil española, en la cual tomamos partido, por una u otra causa, los jóvenes colombianos con romanticismo inútil, había partido y rubricado campos opuestos. Y todavía sangraban las heridas. Se recordaba la inmolación de José Antonio Primo de Rivera, de Ramiro de Maeztu, de Calvo Sotelo, mientras de otro lado, se hablaba del fusilamiento de Federico García Lorca y del exilio y muerte en Francia, del gran poeta Antonio Machado. Por-

que a España la hemos sentido siempre como la entraña nutricia, ese vaho maternal y claustral del cual nació nuestra cultura y nuestro destino impar, ya que nuestro quehacer intelectual es una mezcla de naciones y acciones de pueblos diferentes, sin olvidar la herencia precolombina.

Alfaro es un letrado hasta los huesos. Y convocó a la Embajada de España a tirios y troyanos, pues, no consideraba que la guerra civil española, partiera irreductiblemente la convivencia de los colombianos, singularmente las gentes jóvenes que se iniciaban en el culto de las letras. Alfaro había sido el primer Director de *Arriba*, el diario de la falange. Y jamás claudicó cuando la lucha era frontal, dramática, desgarradora. Como millones de españoles comprometidos en la contienda. Como don Manuel Azaña ese gran escritor español víctima de la política. Alfaro ha sido siempre un hombre de libros y de estudio profundo de la naturaleza humana. El hombre es una caña pensante, como decía Pascal, pero esa caña tiene que estar anclada en la tierras y nutrirse de buenas raíces. Su gestión diplomática, como la del chileno Julio Barrenechea le hizo amigos. Todos los colombianos que buscaban indagar algo de España se acercaba a la Embajada que era una casa de puertas abiertas, sin ante-salas palaciegas. Como el mismo Alfaro que buscaba la honda huella de España en Colombia, las nupcias con la raza pre-colombina que carecía de unidad aunque otra cosa sostengan sociólogos de birlibirloque. Y sus manifestaciones culturales. Y sus protestas. Y sus amores y furores con la Madre peregrina y eterna.

Entendía que estos pueblos ibero-americanos, donde aún camina la costra de la tierra el indio de ojo oblicuo y pie descalzo, el negro con su llovizna de nostalgia, tiene que integrarse en el futuro para dar los frutos de una cultura en la cual se funda lo español con lo autóctono. Con el "aire indio" de que hablara Waldo Frank. Así nacería un mestizaje formidable. Y la parla del criollo, sus vocablos arrancados como cepas a la tierra propia y su anhelo de un futuro que no sea una servidumbre de Europa o de Norte-América. Precisamente porque no podemos ser franceses, ni anglosajones, ni norteamericanos, ni noruegos o infaldenses, porque somos hijos de España y sus herederos legítimos. Rezamos en su idioma y hablamos su lenguaje, que une, sella y es diamante, de brillo espectral.

Alfaro mantuvo una discreción rayana en el hermetismo, durante el desempeño de su misión diplomática. Pero nos invitaba a oír la lectura de poemas de la generación del año 20 y posteriores, y aprendimos a descifrar el enigma de la nueva poesía española: Jorge Guillén, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, León Felipe, Rafael Alberti, Rosales, Cernuda y supimos de escritores desconocidos para nuestra generación como Benjamín Jarnés, José Benjamín, Félix Urabayen, César M. Arconada, Rafael Sánchez Mazas, Eugenio Noel. Un poco, a la distancia, estaba la generación del 98, analizada por Pedro Laín Entralgo y Julián Marías.

Alfaro es hoy uno de los escritores medulares de España. Sus ensayos en ABC son magistrales. Su estilo, se arropa de pronto con tiaras y brocados barrocos, pero otras veces, es desnudo, directo, que busca el objeto y el pensamiento sin rodeos. Su riqueza verbal ha logrado el milagro de liberar el lenguaje de su cárcel. Porque es un poeta. Y solo los grandes poetas, aquellos que se hunden en las profundidades y recovecos del idioma, y son además demiurgos, logran darle al vocablo la libertad que requiere para ser el vehículo del pensamiento y de la sensibilidad. El amargo dolor de escribir es precisamente este rescatar el idioma de su cárcel, nos decía en Madrid, Jiménez Caballero.

José María Alfaro y Polanco fue uno de los guiones espirituales del Colegio Mayor Universitario Colombiano "Miguel Antonio Caro", que nosotros tuvimos el honor de regentar durante varios años. Sus consejos, su amor reflexivo por Colombia, nos sirvieron para hacer menos dura la tarea y lograr un acercamiento auténtico entre España y Colombia, a través de la vida universitaria.

FANTASMAS DE DOS MUNDOS—Por Arturo Uslar Pietri—Seix-Barral S. A.—Barcelona-Caracas-México—Enero 1977—Avenida José Antonio—Madrid.

Infatigable la labor intelectual de Arturo Uslar Pietri. Nacido en Caracas en mayo de 1906, se reveló como un verdadero escritor con su obra "Barrabás y otros Ensayos". Una serie de cuentos que le daban un vuelco total a la forma estilística que predominaba en la Venezuela de los primeros veinte años del Si-

glo XX. Arturo Uslar Pietri, al destacarse como un "innovador" del estilo literario en su patria, fue requerido por los Gobiernos de su país y ha ocupado altas posiciones como ministro, candidato a la Presidencia de la República, director del gran diario "El Nacional", de Caracas, y últimamente delegado de Venezuela ante la UNESCO, en París.

Pero nada de este acontecer lo ha alejado un momento del mundo alucinante del pensamiento escrito. Sus obras son numerosas y abarcan diversos temas. Las novelas **Con las lanzas coloradas**, **El camino de Eldorado** (1947) **El laberinto de la fortuna** (1964) **Oficio de difuntos** (1976) (que comentamos para los lectores en el **Boletín**), obras sobre el desarrollo de Venezuela y sus grandes posibilidades como Nación clave en Sur-América. Una vez en Caracas, invitados por él a la dirección del periódico "El Nacional", nos expuso sus inquietudes cada día más vivas y aceras, sobre lo que él considera el auténtico porvenir de América Hispana. Y quedamos sorprendidos de sus conocimientos y de sus adivinaciones fulgurantes.

Cualquier libro de Arturo Uslar Pietri, contiene siempre facetas ricas y apasionantes. Porque la magia de su verbo, la claridad y riqueza de su estilo, la pureza de miras, al ahondar en los temas, hace de su lectura algo especial en un continente donde tanto aspirante a escritor ensaya formas inmaduras y caóticas.

Uslar Pietri tiene conciencia ética, espíritu alerta, magistral incursión en los temas. Este bello libro **Fantasmas de dos mundos**, contiene una serie de ensayos lúcidos, penetrantes, todo fuego interior. Nos pasea por un mundo de hombres, de hechos, de recuerdos, de memorias sumergidas en un alucinante mundo submarino. Y finalmente plantea el gran problema de lo que es y significa trascendentalmente esta América nuestra, este mestizaje, dan sus tambores batientes, sus furores y amores, su búsqueda de la propia identidad. No somos europeos, pero debemos mucho a la cultura de Occidente.

Necesitamos encontrarnos, jalonar hitos, buscar el destino de un continente ibero-americano que solamente ha dado balbucesos, pero de pronto, hombres geniales como Bolívar, Bello, Sarmiento, Martí, Ostos, Torres Bodet, Justo Sierra, Carlos Arturo Torres, Marinello, Fermín Toro, los García Calderón, Ricardo Palma, Alcides Arguedas, García Monge y tantos otros.

Bello libro, campana en el atardecer en el cuello de una oveja. Transparencia azul, Europa y América y una humanidad con sus alegrías, sueños, esperanzas y frustraciones.

Este es un libro ejemplar y ejemplarizante en esta América de que tanto se habla de mesas redondas, conferencias, simposios, siempre en busca de su destino impar y doloroso.

HOMENAJE A FERNANDO ANTONIO MARTÍNEZ—Estudios de Lingüística, filología, literatura e historia general—Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. LXVIII—Bogotá, 1979.

Cuando se corrió la lápida sobre el ataúd que contenía los restos del ya inerte don Fernando Antonio Martínez, con quien conservamos una amistad que era más bien una forma de fraternidad en busca de las expresiones de la cultura viviente, sentimos que Colombia perdía densidad, temperatura, hondura humana. Porque Fernando Antonio fue una de aquellas raras inteligencias que, de cuando en vez, florece en este mediocre mundo cultural, donde los linotipos han creado tantos “genios” que no resisten el menor análisis. Como se dice en el introito del volumen siete, años han transcurrido desde que este gran investigador del lenguaje, de las ideas literarias, del contenido de libros que acaso muy pocos colombianos han leído, desapareció del mundo de los vivos y se echa de menos, cada vez más la falta de su presencia intelectual y esa su modestia de investigador que no vivía del halago, de la publicidad efímera de los logros literarios que muchas veces son calcos de escritores y poetas que nadie ha estudiado y confrontado con algunos de nuestros más célebres escritores, pero que carecen de auténticas bases intelectuales y filosóficas para que los reverenciamos como a los sumos sacerdotes en los altares de la belleza.

Fernando Antonio amanecía estudiando, investigando, dilucidando, extrayendo, gota a gota, el zumo más escondido de los vocablos, de las obras que caían bajo su ojo clínico. Era todo un joven maestro que honraba a Colombia y a esta América de habla castellana. Nada dejaba la fácil improvisación. A las fulgurantes adivinaciones, a la ficción literaria. Todo era método, lógica, rigor. En estos tiempos del desprecio es más que nunca difícil permanecer en los límites de un humanismo con-

templativo. Fernando Antonio era una conciencia, un intelecto, “una rebelión de grandeza”. Por este motivo era sencillo, cordial, humano.

Continuó la obra de Rufino J. Cuervo del “Diccionario de Construcción y Régimen”, con plena autoridad y una responsabilidad que era un fuego encendido y creador.

Por eso, grandes escritores del mundo se han unido para esta conmemoración que tiene mucho de patética. Fernando Antonio Martínez hizo cultura, luego hizo patria. Una Nación no son únicamente sus rascacielos, sus avenidas, sus paseos suntuosos. Esto es apenas una parcialidad. Lo que hace la cultura de una Nación es la totalidad del hombre, su integración total a la diaria faena y su perfeccionamiento ético e intelectual. No queremos máquinas sino hombres. Y esta tarea silenciosa de filólogos, gramáticos, investigadores, son cultura y por tanto son la forma de que un pueblo merezca el nombre de culto. Y Fernando Antonio Martínez, con sus espléndidos y profundos trabajos, contribuyó a darle pureza a Colombia como los grandes gonfaloneros que han portado los estandartes que son emblema del hombre total, del hombre ecuménico, frente al bárbaro especializado sin vasos comunicantes con la gran Nación de las ideas generales que son nuestro hidrógeno y oxígeno.

PROSAS—Por Jaime Barrera Parra—Empresa Colombiana de Petróleos - ECOPETROL - Editorial Andes, Bogotá. 1.347 páginas.

¿Quién se acuerda hoy de Jaime Barrera Parra? ¿Quién recuerda a Felipe Antonio Molina, a Hernando Téllez, y entre los vivos, a Joaquín Estrada Monsalve y a Rafael Azula Barrera? Muy pocas personas. El lento polvo del olvido con su ceniza ha caído sobre estos nombres. Y no obstante, muy pocos, casi ninguno de los periodistas contemporáneos los superan en gracia, profundidad, alacridad, incitación al viaje por países de la cultura y por tiempos de nuestra política nacional que ha carecido de unidad, grandeza de miras, sentido raigal de patria.

Jaime Barrera Parra, el santandereano ilustre, nos dejó una prosa sávida, fotográfica, restallante, a veces irónica, en el fondo temblorosa, de una ternura de niño que halla en la infancia la

más rica vena para la inspiración de sus prosas magistrales. Estas notas de Barrera Parra son como ciervos vivos, sagaces, campesinos, con una piel tersa y esos amarillos lentos que contemplábamos en Granada, la ciudad frescamente entreabierta como un panal de España. No son presas disecadas, muertas, alegoría de museo. Sugieren una vida bullante, hoy lejana en la niebla de la memoria. Cuando habla de Santander dice: "En vuestra presencia yo percibo emocionado la sonrisa de una gran tierra, la mano abierta de una gran raza. Esa raza y esa tierra han sido como música para mi corazón de hombre, han dado una fisonomía a mi pequeño universo literario, mucho más fragante a las cosas y a los hombres de Santander que a las emanaciones de librería y biblioteca".

Contándole a una amiga del alma el minuto final de la muerte de su madre escribe epistolariamente: "Vino la última, la fatal la definitiva. Todos tratábamos de ignorar la verdad, pero la verdad estaba allí, poniéndole cerca a la casa. Nosotros veíamos llegar la muerte. Nos arrodillamos y todos rezamos. Rezaban las mujeres, prolongando en el gesto el ademán piadoso de todas las abuelas y las bisabuelas que en la familia de los Barrera y de los Parra, creyeron en Dios, a través de los años y los dolores, armados de su fe como de un látigo de luz para espantar las penas. Nunca podré olvidar esa escena grandiosa y terrible. Mamá comenzó a agonizar con una agonía de gorrión, sin angustia, sin resistencia. No hizo frases trascendentales. Como tenía un alma de leona, sonrió ante la muerte". "La casa estaba llena de betunes nocturnos. Ibamos y veníamos unos contra otros, por los corredores. Comenzó la luz láctea del amanecer a agravar ese cuadro, como el vitriolo lacera las carnes".

Este escritor era un bardo que solo se atrevió a deshacer una absurda tragedia. Pero sus prosas están vivas, sin esa mudez escabrosa de lo que se escribió sin caldos nutricios. Denso, instinto, valiente, sobrepuesto de pura y magra carne intelectual. Cabriolas y punzantes ironías. No es enfático, ni declamatorio. Porque es un pintor del claro-oscuro. Cómo sería de higiénico mentalmente para las nuevas generaciones leer a Jaime Barrera Parra, que con solo leer una de sus páginas regresa de los hontanares de la niebla, para hacer vida o sea cultura moral para el hombre en este tiempo de vil materialismo.

POESIA—Por **Rodolfo Moleiro**—TENSO EN
LA SOMBRA—Instituto de Cultura y Bellas Ar-
tes—Caracas, Venezuela.

Nos unió con Rodolfo Moleiro una amistad tan pura que estaba hecha del inconsútil material de los sueños. Durante muchos años, semanalmente, nos cruzábamos cartas que contenían la lluvia clara de nuestras esperanzas de hermanos bajo la frente pensativa del Libertador Simón Bolívar.

Rodolfo Moleiro combatía, al lado de su ángel, en busca de formas poéticas que destilaran la congoja de su panal y la acidez de sus raíces. No fue romántico en el sentido huracanado y victor-huguesco. Pero tampoco simbolista o parnasiano, sujeto a escuelas o cánones estéticos rígidos y momificados. Padecía como San Sebastián en el minuto de la creación poética. Venezuela, su patria, fue su amor y su ternura. Pero poéticamente fue universal porque parecía retorcerse en la sombra como un árbol alucinado, cargado de alegorías.

Buscaba, indagaba, porque el arte es en síntesis, una lucha a muerte con las formas y con la propia estrella enterrada en la corriente de nuestra sangre que es la antesala de la muerte.

No fue la suya una poesía únicamente para minorías, porque amaba el pueblo, aquel que canta y cuya ronda es también infantil. Y fue poeta hasta la triste ceniza final de los huesos.

*Albas vives
en el árbol que sueñas:
su frente allá en los brillos,
su cuerpo en la penumbra.*

Es un poeta vital porque está gobernado por la conciencia. Caso único: es poeta en la temprana juventud y en la serena madurez. Revive memorias y se aleja, solo, por los caminos en busca de su propia alma. En Moleiro no encontrará el lector nada artificioso, ningún material vano, aquellas influencias que gobiernan la poesía de tanto "genio" hecho estatua de limo pobre por la voz cantante de los linotipos.

Fue pulcro en todo. Y sobrio. Y apacentó sus rebaños líricos con una serenidad transparente. Acaso sea el siguiente su retrato publicado en su bello libro "Tenso en la sombra":

*Vivía sus memorias
sus visiones creaba
noche y día.*

*Al espiar la luz
quería rasgar la sombra.*

*Iban sus ansias
de la nostalgia al ardimiento.*

*El mundo brusco y tierno
pasó por su sentir.*

*Al sosiego en la nada,
prefirió la zozobra.*

*Supo el terror del tiempo
y disipó dones divinos.*

*Cansado de su hora,
iba a buscar sorpresas
en lo más antiguo.*

*Tuve el mirar y el gesto
del inconforme sonreído.*

Este fue el gran poeta venezolano de la familia espiritual de Andrés Eloy Blanco con quien tiene muchas semejanzas.

* * *

**REGRESO DEL VIENTO—Cuentos—Por
Humberto Jaramillo Angel—Editorial Quin-Grá-
ficas—Armenia, Colombia.**

Hemos perdido la cuenta del tiempo que Humberto Jaramillo Angel, viene dedicado con un fervor inusitado y único al culto de las letras. Desde mozo, batallando contra la pobreza económica, se abrió paso como un auténtico autodidacta, en la tarea sin fin de escrutar el pensamiento de los grandes escritores, de los clásicos universales, de todo ese mundo que seca el magín y solamente nos deja un manojo de violetas en las manos atardecidas en la faena.

Jaramillo Angel es un escritor en "olor de libros". Hace la bobería de treinta años que escribió un espléndido ensayo sobre uno de los primeros libros que publiqué "De la estameña de España a la bruma de la sabana", y, desde entonces, nos ha unido una amistad tanto personal como intelectual de sólidos valores. Jaramillo Angel se ha acercado con una curiosidad sin límites a todos los temas de la cultura. Ensayo, novela, crítica literaria, ávido de conocer y valorar todas las vertientes de la cultura humana. Por tanto, le cabe holgadamente el nombre de humanista, porque se ha formado una personalidad multifacética, que es precisamente donde reside la calidad del hombre y su dignidad en el marco de la historia.

El especialista es un bárbaro, se ha sostenido siempre. Una cultura que solamente conoce una dirección y unos valores, pero desconoce el resto del universo, no puede hacer un hombre culto. De esto no hay duda alguna.

Estos cuentos de Jaramillo Angel tienen la marca o la impronta de su estilo que en Caldas, y, en Colombia, se ha hecho inconfundible. Porque tiene mucho de lírico, de barroco, de preciosista, sin descuidar por ello el fondo, la retorcida angustia humana: "Antes de la lluvia" y "Job, riega su semilla", son dos cuentos de admirable factura, de hondura, de temperamento. En verdad este es uno de los escritores de Colombia que como dice Morales Benítez, "vive en santo olor de poesía". Próximamente nos ocuparemos de otras obras suyas, siempre tan ricas, tan humanas, tan sugerentes.

* * *

LA POESIA DE RAFAEL MAYA.

Rafael Maya es hoy, junto con Germán Pardo García, el valor más grande de la lírica americana. Comprendemos, dentro de esta definición, a todos los poetas actuales que escriben en prosa castellana y en todas las latitudes de América. No por vanidad nacionalista de la cual estamos despojados. Simplemente porque acotamos una verdad. A Maya no le podemos juzgar desde el estrecho ángulo de la crítica. Ya sabemos que toda crítica es estéril y enteca. Meterse en el mundo interior de un escritor o de un artista de la pintura o de un músico, es un simple gesto de auto-

suficiencia. Ya que el laberinto interior de un intelectual solamente a él le pertenece y sus caminos, valles, subterráneos, son suyos, como la geografía de su patria.

Desde niños nos deslumbró el maestro Rafael Maya. Nos llevó de la mano por laberintos encantados y su poesía fue el rocío matinal para el naciente capullo de nuestra sensibilidad. Poeta íntegro por naturaleza. Sin concesiones a la beocia. Con ese secreto anhelo de perdurar que es el gran alimento de las almas superiores. Su mundo espiritual es su mundo moral. Y ha gozado la belleza y la ha creado con humildad, pero con orgullo. No ha ido tras de la gloria. No ha buscado los elogios mutuos, cierta desvergüenza que podría llamarse "la gloria de ceniza del linotipo". Maya huye del esplendor, cuando no es el que nos proporciona en su verso y en su prosa admirables. Su horizonte ha sido el campo de su visión espiritual. Tan bellamente sereno. ¡Tan profundo, tan hondo! Sus poemas tienen mucho de mármol y de ave, de catedral gótica y de raudo vuelo. El sí puede decir que ha estado asistido por el ángel en toda una vida de creación. Para esto se necesita ser un héroe. No es cosa fácil enfrentarse con las palabras que apenas son torpes lazarillos que expresan algo de nuestra sensibilidad. Es el heroísmo del alma, tan diferente a la propaganda sofisticada.

Mucho de intemporal existe en la poesía de Rafael Maya. Versos suyos se quedan para siempre enredados en la memoria como la membrana de luz de una mariposa. Es flexible y sólido, como Mallea escribió de Chesterton. En este mundo pragmático, de gerentocracia, financistas impacientes, ruletas de la bolsa, cómo le otorga honor a Colombia, Rafael Maya. Todo en él es grandeza. La misma prosa de sus ensayos es de un lirismo abundante y bello. Sin que el pensamiento pierda todo su valor y sus fueros. Claro que al dominio y disfrute y goce pleno de estos arquetipos poéticos no tiene acceso en el presente una sociedad ahita de televisión, con sus poetas de cabecera, sociedad frívola hecha para aplaudir lo epidérmico en físico estado de ostentación. Los organilleros de una poesía, que salvo contadas excepciones, está cargada y recargada de influencias de poetas de otras latitudes, ellos sí, auténticos innovadores.

Maya no ha hecho de la poesía una forma de llenar renglones, de darnos poemas acartonados, puro juego de guiñol. Es un poeta de hondos jugos vitales, que por un rigor mental excepcional, pasa su poesía por mil filtros purificadores. Claro que, en los

primeros tiempos, hallamos la reminiscencia de Grecia, de aquellos panidas que según la hermosa expresión de Valey "peinaban el oso". Pero a medida que ponía el oído en la tierra y auscultaba el mensaje de su sangre claustral, fue madurando hasta darnos esa poesía hechizante, donde, hasta la carcoma, parece detenerse en su tarea de convertirlo todo en ceniza y recuerdo. El lirismo puro del siguiente soneto de su libro "La vida en la sombra" es de una rara esencia y pertenece a un tiempo que acaso no regrese nunca, aunque la humanidad solamente cambie de piel para las duras estaciones de la vida:

OLVIDO

*Al fin me has olvidado. ¡Qué suave y hondo olvido!
tras el incierto límite de nuestro oscuro ayer
la estrella que miramos los dos ha descendido
como una dulce lágrima que se rompe al caer.*

*Y así de tu regazo me alejo entristecido,
cual uno que abandona su campo sin querer,
mirando que tus ojos, como cristal herido,
prolongan la agonía de un vago atardecer.*

*¡Al fin me has olvidado! Recónditas congojas:
en medio del crepúsculo que anubla un vuelo de hojas
callad, para que pueda pasar esta mujer.*

*Y escucharé más tarde, bajo la noche ciega
posarse el pie enlutado de la que siempre llega
sobre los rastros de esa que nunca ha de volver.*

Y qué escribir de sus Poemas Dialogados, obras de una desesperante perfección. Allí concurren todos los elementos para tomar un sitio en la vida del hombre, de ese Prometeo sufriente y torturado. Donde toman parte los elementos y expresan un lenguaje humano. Unos poemas que no tienen par en nuestra literatura y nos recuerdan vagamente la gran poesía griega moderna, pero sin ninguna influencia ya que el maestro Maya los escribió hace más de veinte años y causaron asombro en nuestros círculos intelectuales, tan parcos en una obra verdadera y que prolongaban un romanticismo lloroso como los sauces de la sabana.

De esos poemas el preferido para nuestro gusto es “La mujer sobre el ébano”, por la pureza, por esa semilla que produce como de una roca el acerbo corazón de las lágrimas. Esa criatura aérea para la cual pide el poeta la clemencia del gusano y por la que impreca en la noche a los demonios o a los ángeles. En el poema dialogan la piedra, él, la sombra y la hierba. Impreca el poeta:

EL

*Buena piedra, yo te saludo en la mañana
que tiembla sobre el mundo como un gran puente de zafiro.
Conozco tu dura estirpe
porque contra tí se rompió mi esperanza muchas veces,
y tu me ofreciste en lugar de pan,
mezclando en tu boca tu áspera levadura
al sabor de las hierbas amargas.*

*Pero hoy vas a ser blanda como una gavilla
de heno, porque te traigo a la muerta,
a la mujer que fué más frágil que sus propias pestañas,
y más suave que su túnica de hilo.*

*Vas a guardarla, buena piedra,
inmune a la avidez del gusano,
perfecta en su color, como las nubes altas,
y rodeada de sus perfumes como de una atmósfera sensible
que renueve constantemente la humedad de sus ojos.*

Pero el poeta sabe que todo es inútil, que todo está lastrado de dolor, que el mundo permanece lejano e indiferente y exclama:

*En vano la noche, —oásis cálido,
enviara su concierto de ácidas flautas perezosas,
porque la sobra invadió su lecho
como el agua que cubre un arrecife de jazmines.
¡En vano he de gritar contra el muro de bronce!
¡En vano he de pedirla a los demonios o a los ángeles!
¡En vano! la mujer reposa sobre el ébano.*

Este es el gran poeta colombiano, cuya riqueza interior es millonaria. Por el tallo de su poesía suben las flores más puras y el poeta camina con su cayado por el áspero camino de abrojos.

Con rigor, con disciplina, con esa ética que lo hace tan respetable. Inclinado sobre su arte como los grandes imagineros o los pintores inmortales que dedicaban todo su tiempo al arte de la creación, así el maestro Maya le ha entregado su vida, su maravillosa sensibilidad, su sentido riguroso de la poesía y de la prosa, a legarnos una obra que es alta torre de orgullo para el continente americano.

No se concedió vacaciones, ni otras ternuras que la de la esposa ejemplar y la de sus hijos. No disipó su gloria en parcelas de alegría báquica, en lentos y lívidos amaneceres a la orilla de los vinos desvelados.

Su vida es un ejemplo de austeridad. La estameña sobre la púrpura como en el Gran Cardenal. Entrar en este templo poético que es la obra de Rafael Maya es aligerar el alma del fango de la tierra, de tantas miserias, falacia, truco en que se mueve una farándula literaria, donde pocos son en verdad los valores intelectuales. No sabemos por que razón nos viene a la pluma el nombre de Simón Bolívar, el mejor estilista de América y que nos enseñó esa que se llama la grandeza.

VUELVE DON MIGUEL DE UNAMUNO.

Nuevamente el gobierno de España, ha lanzado a la circulación millones de estampillas con el rostro adusto, seco, todo fuerza interior y celtíbera de don Miguel de Unamuno. Y es preciso recordarlo ahora, porque ese rostro va a recorrer todos los pueblos de España, tan deslumbrantes, íntimos, como quedaron, temblando de azoro, en las páginas de Azorín. Como los vimos con Felipe Lleras Camargo y su digna esposa, doña Tulia Montaña de Lleras, en nuestras jornadas por ventas, caminos y porrones. Hoy está bien establecido que si hubo un escritor español que luchó por las dos Españas, como solía llamarlas, fue Unamuno, el hombre que peleaba cuerpo a cuerpo con las ideas. El pensador que dijo que no ha nacido, ni nacerá en América un genio que se iguale a Simón Bolívar el héroe que ahora unos pseudoanalistas y psiquiatras en vacaciones, han colocado en pica de escarnio como un consejo para sus disecciones hiperbóreas y fatuas.

Es tan estrecho, y a la par múltiple, el enlace creador entre don Miguel y nuestra América, que resulta paradójico el que no se haya examinado a fondo ese fenómeno que es de amor y de inteligencia. Su voz suena más fuerte cada día, a medida que se habla del Mercado Común Europeo y de otra serie de alianzas que no tienen el poder unitivo que existe entre España e Ibero-América. Unamuno padeció la agonía de que tanto hablara, consistente en que cesaran los resentimientos creados por la guerra de Emancipación y formáramos un todo, porque nos liga el lenguaje, la religión, las costumbres, los usos. Además, el sentimiento trágico de la vida que tanto obsesionó a don Miguel.

En las páginas unamunescas encontramos lecciones verdaderas que corresponden a nuestro ser. La razón de nuestros fracasos, porque no salimos de la pobreza, débiles, cuando es tiempo de que seamos ricos, progresistas, unitivos y creadores. Sin la opulencia de los "nuevos ricos" y de las mafias que nos están deshonrando.

Es preciso releer a Unamuno como lo estamos haciendo en este noviembre, para enjuiciar a fondo, sin tapujos, la gigantesca tarea cumplida por el maestro de Salamanca en la forja de una inquietud viviente y actuante.

Solamente los americanos que luchamos por encontrar las raíces de nuestro ser y acontecer históricos, podemos comprender esta tarea casi solitaria del pensador ibérico. Don Miguel vivió y padeció el dolor de esas negaciones atroces. Cuando lo cierto es que todo lo que nos separe de España, es simplemente perder el contorno y el dintorno épico de nuestra propia hazaña impar. Y no podemos olvidar que Unamuno hizo participar, en mayor o menor grado, a los americanos más representativos de su tiempo, de esa su sed de misterio, de universalidad, de trascendencia, de aquel morir creando que es propio y original de su filosa y potente inteligencia.

Unamuno nos advirtió, tantas veces, que la hispanidad no es una nuez vacía de almendra, que se puede fácilmente triturar entre los dedos. Para él, la hispanidad residía en un fervor, en una manera peculiar de encarar el mundo, en un diálogo, no es un estéril monólogo.

Por don Miguel nos ha quedado la conciencia de que España y América, son una misma hazaña y que debemos de vivirla antes de sepultarla como quieren algunos espíritus canijos. Don

Miguel combatió con los ibero-americanos las mejores batallas para plasmar el ser nacional de nuestras patrias. España estaba enclavada en los Andes o América estaba en el fermento cultural de Europa. No se trataba de zonas geográficas, sino de misteriosas comarcas del alma. En esta lucha no tuvo sosiego. Luchó por la integración en lo que tiene de esencia, de sangre en vasos comunicantes, no simplemente fugaces alianzas de circunstancias.

Hoy, ese reencuentro entre España e Ibero-América se impone categóricamente si queremos salvar los valores que nos son propios y comunes. La misión intemporal que Dios puso en nuestras manos, la gran batalla por la autoctonía, para evitar que otras civilizaciones que ya se pudren en su opulencia nos tomen y catequicen para que vivamos un tiempo sin perfil y sin sangre.

LA ULTIMA NOTICIA—Novela por **Humberto Tafur Charry.**

Es muy difícil que un escritor, que no pertenezca a ciertos círculos privilegiados, logre que sus frutos intelectuales adquieran audiencia en el público. En un país en el cual el 95% de los colombianos no lee, porque está inmerso en la televisión o en la frivolidad de revistas de la mal llamada “farándula” —chismes de alcoba, pornografía, dimes y diretes, lodo de arrabal—, el verdadero escritor se queda tiritando de ineditez, con sus obras apiladas en sus propios estantes.

La narrativa colombiana pasa por una hora crepuscular. Porque heredamos del Siglo XIX lo superficial y anecdótico, sin penetrar en la entraña de los hechos, en la psicología de los personajes. Nos quedamos en los exteriores como se dice del teatro. La narrativa tiene que ser, además, de los sucesos que encadena, una forma de riqueza vocabular, una expresión humana y estética. Más si tratamos de reflejar el tremendo desequilibrio de una sociedad que no es un espejo, ni un estanque de aguas quietas apenas repujadas por el viento. Y la narrativa nacional tiene que volver por los fueros de lo autóctono, de lo vernáculo, de lo que somos, no simiescas repeticiones de la literatura de otros pueblos. Por eso la obra novelística de Tafur Charry, sencillo, vestido de estameña, ha publicado tres obras “La paz de los cuarteles”,

“Tres puntos en la tierra” (novela) y “La última noticia” (novela). En todas ellas rompe los marcos estrechos y caninos del aldeanismo, para entregarnos la importancia que la parte humana tiene en la vida del hombre.

Tafur penetra en el mundo —doloroso, sufriente— del barro colombiano, de este hombre marginado, con sus esperanzas deshechas. Hatillo seco de una leña de un monte que se ha ido agotando lentamente. Ya Tafur Charry ha salido de las fronteras nacionales. Como escritor tiene la audiencia internacional que nuestro medio egoísta y envidioso le niega a los escritores de verdad: ser el portador de hechos, no de teorías; descubrir realidades, no ficciones acartonadas. Construcciones mentales que le otorgan un lugar de privilegio en las letras americanas. Y también sus libros, especialmente su última novela, es de tesis. Pero nada de presunciones, ni de postizas sabidurías. La verdad como mensaje y dolor del escritor angustiado por su mundo que refleja admirablemente en sus libros. En verdad se trata de un valor positivo de las letras americanas, no de un hijo punible de la propaganda interesada y de las carátulas folclóricas, pero que dentro, apenas contienen una pobre entraña de costumbrismo que carece de ámbito en este duro tiempo de desprecio de todos los valores.

**EL TRIUNFO DE LA MUERTE—Relatos—Por
Gloria Nieto de Arias—Ediciones Tercer Mundo—
Bogotá, Colombia.**

Gloria Nieto ha tomado el título, para estos Relatos, de la obra de Gabriel D’Annunzio, que lleva el mismo título y que, en su tiempo, un poco posterior al silencio de azucena de José Asunción Silva, causó tan permanente influjo en los escritores de aquella época, siempre divorciados con la punzante realidad colombiana.

Ilustra sus Relatos con magníficas ilustraciones de Miguel Angel, Klee... Relieves del Próximo Oriente, Miguel Angel (detalle del Juicio Final) y una estatuilla africana, ilustra estos cuentos. Tienen mucho de mágico, de irreal, pero también los recorre una vena poética. Lo mismo fascina a un adulto, quien regresa de muchos caminos y lecturas, que al adolescente que se interna en la selva de lo fabuloso. Aquello donde todo es creación

y mito radiante. Gloria Nieto maneja un lenguaje deslumbrante, una pedrería valiosa para este amargo tiempo que nos cae encima como una gran bóveda de plomo.

Es un libro de relato inserto en el año 2000, cuando seamos una vaga sombra en un planeta de cactus y melancolía. Paisaje marino de monstruos que salen a devorar el mundo. Y en el fondo corre el río amarillo del escepticismo, la duda de Camus, a quien confiesa la autora debe mucho en su formación intelectual. Pero es un libro bello no cabe duda. Y diferente a tanta publicación anodina que tenemos que soportar diariamente como un castigo. Contrastes sartrianos, donde la duda, el tedio —araña monstruosa y peluda— araña las paredes del alma.

Transcribimos de *El Acantilado* ese fondo de tedio, ese polvo gris de la vida no compartida: “Se borraron en el agua los últimos círculos concéntricos...”

En el fondo sobre la arena turbia, entre las algas oscuras y viscosas yacía una forma blanca.

“Hacia veinte años, en una pequeña ciudad, ellos se habían casado.

“Sin amor”

“Sin alegrías”.

“Para hacer lo que hacían todos.

“Para alejarse ella —del repugnante alcoholismo de su padre.

“Para huír él—, de la obsesiva ternura de la madre.

“Toda la noche había estado ella despierta, contándole la historia de su propia vida”.

“Había comprendido, al alba—, que nada tenía sentido”.

“Veinte años, doscientos cuarenta meses, siete mil trescientos cincuenta días, había vivido con alguien que la ignoraba y dormido al lado de un desconocido”.

La escena no puede ser más desgarradora. El hastío hasta el fondo de la copa. Y así todo el libro tiene un sabor de amargura, como un agua salobre, pero de pronto coronada de espumas. Porque el mundo no es lo que escribió y pensó Sartre, misántropo, calentando su piel contra la de una mujer fea, que le negaba

como es natural los maravillosos dones de la belleza que la naturaleza otorga a la mujer, alta manzana en el hombro del día al decir de Nicanor Parra.

De todas formas, este libro es hermoso y triste, acaso una preparación para la muerte en todas las edades, la muerte que es la gran cegadora al decir de D'Annunzio en sus novelas de aquellos tiempos que hoy son memoria en la nueva literatura.

LA CIUDAD DE NADIE—Por Arturo Uslar Pietri—Editorial Losada—Buenos Aires, Argentina.

Este título engloba una serie de ensayos admirables de Arturo Uslar Pietri. Un peregrinaje que comienza en Nueva York con su mundo de mil fauces, de una cita de civilizaciones que se pelean un sitio en el mundo, la ciudad de los rascacielos, de los hombres sin patria, aventureros, financistas, mujeres que quieren triunfar en el mundo del celuloide, negocios fabulosos Babitt aterradora, aguas sin descanso, para después peregrinar por Europa, la erudita, sabia, lenta, macerada, donde volvemos a encontrar el ser humano, encarnado, no deshumanizado como un muñeco sin alma.

Un libro de hallazgos inteligentes en una prosa rica, sin excesos verbales. Porque Uslar Pietri ve las cosas, los hombres, el mundo, pero sin frenesí, con una mirada atenta, curiosa e inteligente. Volvemos por esas viejas rutas que nosotros transitamos en nuestro largo peregrinaje por Europa, años de ausencia de Colombia, de meditación y de enriquecimiento intelectual. Se detiene morosamente el gran escritor venezolano en Grecia y en España, dos mundos que se complementan a través de guerras que dejaron una cultura fabulosamente enriquecida. Todavía tiemblan las velas latinas en el Mediterráneo frente a Cádiz o la memoria se pasea por el Generalife, por la Giralda, por la mezquita de Córdoba, por Asturias con sus osos pardos y gruñones o por Santander, donde en el patio de la Universidad, desvela el pensamiento el bronce de Rufino J. Cuervo. Y Grecia y Salónica y Creta sulfurosa, y toda la mitología que bebíamos en la juventud y que ahora es recuerdo desportillado en templos sepultados, o en estatuas carcomidas, o en mármoles aciagos y

rotos. Pero por donde pasó el hombre, el fenicio navegante y se alzaron los cantos de Homero o se echaron a rodar como bolas de cristal las odas de Píndaro.

Todo esto, sus gentes, su mundo actual, roto, desportillado, sin la riqueza creativa de otros tiempos sepultados como un templo, está presente y viviente en esta obra de Uslar Pietri, verdadero manual para profanos. La cultura es una lenta elaboración de alma. La cultura se va formando y dignifica al hombre. Y esto es patente en este mundo que nos vuelve a traer Uslar Pietri en su prosa maravillosa, en un libro admirable y ejemplar.

COLOMBIA Y VENEZUELA—Integración— Por Manuel Roca Castellanos.

Manuel Roca Castellanos es un insigne trabajador del espíritu. Y un colombiano que se preocupa por su patria, porque la siente y la vive. Para otros la patria son los negocios de bolsa o el enriquecimiento a costa de la miseria de sus compatriotas. Roca Castellanos tiene y mantiene un espíritu vigilante sobre los problemas colombianos y se acerca a ellos, con sed de conocimiento y con la pasión de los hombres que saben que la tierra en que nacimos es la segunda madre por la cual se puede vivir y se debe morir. Un concepto hermoso, tangible, vivo. Sin que su inteligencia deje un momento de mirar a los países hermanos, pero no como protectores sino como hermanos. Como los soñó Bolívar en su inmensa confraternidad que venía de la Francia cuyos autores leyó y estudió y de las enseñanzas de don Simón Rodríguez, el maestro que no creía en nada que antes no hubiese pesado en la balanza del razonamiento más estricto. Lo cual le valió el apelativo de “loco” por algunos espíritus que tenían un sentido difuso y confuso de la Emancipación. Roca Castellanos en este nuevo libro aboga por la integración leal, sincera, de mano tendida con Venezuela. Su cultura histórica le permite sacar deducciones que escapan al simple profano. Este el mérito real de este libro. Hay que leerlo para comprenderlo y saber que la integración con Venezuela y con los pueblos ibero-americanos no es palabra vana, paja seca, sino savia vital y nutritiva. Todos los libros de Manuel Roca Castellanos nos ponen en evidencia a un escritor de estirpe. Preocupado por los problemas

de esta América mestiza, en busca de su destino. Y toma ante cada uno de ellos, una actitud de noble comprensión, de sentido de lo americano, de lo que nos une y no aquello que artificialmente nos divide.

Es un intelectual que busca los caminos de la cultura y los de la verdadera civilización. Y esto hace que su obra sea paradigmática en todo sentido.

LOS ESPEJOS DEL TIEMPO—Por **Eduardo Santa**—Ediciones Príncipe—Bogotá, Colombia.

Este volumen reúne, en haz brillante, doce cuentos del multifacético escritor Eduardo Santa. Cuentos escritos por su autor en épocas diferentes, por lo cual no pueden guardar el mismo ritmo pudiéramos decir. Pero siempre teniendo como motivo real el hombre, la naturaleza colombianas, de las cuales Eduardo Santa no se divorcia nunca, acaso por su formación de sociólogo, de escrutador del ser y del querer de los elementos que son nuestros, se alinderan en la patria y dan su propia sombra como la que proyecta el árbol al crecer un poco líricamente.

Eduardo Santa sabe narrar. Mejor dicho sabe interesarnos por su cuentetística, por los personajes que no son muñecos de niebla, sino seres reales y tangibles, con sus raíces en el suelo colombiano. Así lo ha demostrado en libros como “La provincia perdida”, “El girasol” y “Arrieros y fundadores”, un gran cuadro de nuestra creación, de la formación de un pueblo, con sus grandezas y desfallecimientos. No es un escritor barroco. Sabe escoger su material literario, pero sin danzar frenéticamente en el tornasol del vocablo. Y se sale de lo meramente costumbrista, para ahondar en los conflictos de las almas. Porque hay escritores que creen que solamente tienen “alma” los personajes que se desenvuelven en los tristes conflictos de las urbes y se olvidan que el campesino tiene su mundo, con hondas raíces.

Hay ambiente, color y vida en estos cuentos. Esto los salva del olvido. Y emergen en ellos personajes de carne, huesos, sangre, humores y milenarias tristezas. Gracias le sean dadas a Eduardo Santa por este nuevo libro que enriquece la bibliografía colombiana.

LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS—Por Miguel Angel Asturias—Editorial Losada—Buenos Aires, Argentina.

Empieza a caer el olvido sobre el nombre y la obra de Miguel Angel Asturias. Y esto constituye una de las más flagrantes injusticias, en este momento, en que Centro América, es una pira funeraria, y los muertos no pueden morir en paz y los enterrados tienen abiertos los ojos a la mezquina realidad, fruto podrido de un tiempo lento, que fue madurado a medida que los norteamericanos hicieron burla, sangrienta burla de los pueblos, y todo lo dieron en poder, opulencia, armas, a los dictadores y a una oligarquía que engordaba tranquilamente a la sombra de sus gruesos dividendos, que “olía a sangre del pueblo”, como lo expresó alguna vez ese gran escritor cubano y maestro de estilistas que se llamó Juan Marinello. Los muertos de Asturias tienen los ojos bien abiertos en esta hora de pesadilla, de sangre y vindicta. Hábilmente explotada por la internacional comunista que es tan feroz y cruel como los hijos punibles de un capitalismo que perdió su verdadera esencia económica para convertirse en el gran aliado de tiranos, déspotas, crueles amos de rebenque, azotados por todos los pecados mortales como la gula, la avaricia y la lujuria.

No puede olvidarse la obra novelística de un escritor como Asturias que fue, además, un profeta. Porque vaticinó lo que iba a pasar. El eterno sojuzgamiento de los marginados produciría algún día la chispa de la revolución. Y caerían las testas coronadas y los flemáticos señores de cuello duro y de manos cuajadas de brillantes. La historia es una partera de hechos, desde los tiempos de las Cuevas de Altamira. La problemática social es hoy día, el verdadero gran problema de esta América mestiza, india, negra, que bate sus tambores furiosamente.

Ahí están esas criaturas de Asturias que son reales, y no literatura pseudo-filosófica tipo Sartre. Son seres humanos, hermanos nuestros, sellados para siempre por la muerte que a todos nos nivela. Vidas que ni siquiera tuvieron un itinerario porque se sumieron en la podre, explotados inicuaamente.

Eso es lo grave cuando no existe un sentido cristiano de la vida. Cuando sátrapas absolutos consideran a su pueblo como un rebaño taciturno de esclavos.

Ronda de mulatos, pisoteados por los gringos y por los criollos insolentes. Todos los libros de Asturias, acaso acentuado su acento en la novela "Mulata de tal", son la denuncia de la úlcera social de Centro América, cuyas consecuencias estamos viendo ahora en un carnaval de sangre. Asturias, no obstante ser un poeta de purísimas esencias, hay que haber leído "Leyendas de Guatemala", en sus novelas no se detiene únicamente en los paisajes. Hubiera sido una traición a su pueblo gimiente. Va al fondo de un drama secular, abominable, que nosotros conocimos de cerca en nuestra estada de un año en Centro América. Los mudos volcanes de Guatemala vomitan centellas y fuego. Nicaragua, después del sanguinario Somoza, ha caído en garras del comunismo; Honduras, está en una situación inestable, después de ocho años de ruido de sables. Ya no afinan su silbo losruiseñores, ni las aves que son como mariposas multicolores. La ambición del banano, la rapiña del café, la miseria del indio, todo lo hecho bajo-relieve negro por Asturias está presente.

Sería casi una asepsia moral que los colombianos lean atentamente las novelas de Asturias, que, no ha pasado al olvido como escriben algunos señoritos de letra discursiva. Si hay algo vivo, si hay una herida que sangra es esa historia de miseria, de pus, de horizontes cegados de estas novelas, ellas sí ejemplares en esta América mestiza.

APROXIMACION A SIMON BOLIVAR—Tema.

Simón Bolívar, el caraqueño, discípulo en sus mocedades racionalistas, de su maestro Simón Rodríguez, influído éste hasta los huesos de "Los Universales" de que hablara León Daudet, compañero en sueños de don Andrés Bello, es, quién lo duda ya, la más pura figura humana que ha dado el continente. No tiene antecedentes. No dejó sucesores. Su hazaña impar es todavía letra viva para los juglares mestizos y para las rodelas épicas. Murió en la más absoluta desnudez. Uno de sus generales tuvo que prestarle una camisa para bien morir. Y sus ojos calcinados se

cerraron al mundo en la rica mansión de un gran señor español, precisamente de la raza a la cual había combatido, no por conceptos raciales, sino porque quería legarnos la libertad de los libres. Jamás, bajo sus mandatos constitucionales, el silencio taciturno impuesto por los esbirros cayó sobre estos pueblos. Porque era un enamorado de la justicia, del sereno ejercicio de la meditación y de, respeto a la ley. Si hubiera sido un paranoico hubiera saltado sobre la letra escrita en los mandatos legales.

Quienes le ofrecieron la corona punzante de la dictadura vitalicia, los anatemizó precisamente en nombre de la dignidad humana por la cual luchó y quemó los mejores años de su corta vida.

Manejaba Bolívar un estilo inimitable. El mejor que se ha escrito en Ibero-América. Porque lo había bebido en las fuentes de los grandes clásicos universales y jamás lo enturbió con vocablos exóticos. Bolívar quiso un continente con destino propio, en una hora en la cual España no podía atender —nunca lo pudo— al quehacer de sus colonias de ultramar. Así, como los hijos crecen y se emancipan y quieren vivir su destino, así América pugnaba, entre lloros y quebrantos, por un SER nacional. Por su deseo de escribir su propia historia. Esto es irreversible. Por eso Bolívar es la expresión más diáfana de una síntesis histórica, de la gran cuenca ibérica en tierras de un continente nuevo y eruptivo, colmado de promesas, en el cual se había chafado la cultura precolombina.

Peleó sus batallas sin un día de reposo. Esto no lo aceptan nuestros nuevos siquiátras, almas encastilladas en definiciones y con su casillaje pseudocientífico. En la guerra de la emancipación todo lo perdió. Su inmensa fortuna, su salud, sus títulos. Bebió hasta el fondo la última gota de la cicuta de la ingratitud. A esto llaman nuestros noveles biógrafos del Libertador resentimiento y encono y deseo de figuración. Pero lo cierto es que adivinó genialmente el futuro, entre una niebla que nadie podía disipar.

Creador, anunciador, profeta. Amó la libertad, pero supo respetar las jerarquías. Las montoneras alzadas, sin sujeción a leyes, no pueden, no han podido nunca, ordenar la marcha de la República. Por eso algunos de sus tenientes, malos volterianos, lo tildaron de dictador, cuando sus únicos pensamientos fueron la paz, la libertad, la justicia, la unión de las naciones que nacieron del cuenco de España. Frente al creciente poder de los Estados Unidos de América, era preciso unir a los pueblos ibero-americanos

para una liga sagrada, en busca de ideales que ahora mismo estamos tratando de encontrar con pactos regionales. Caso del Pacto Andino, la ALALC y otros movimientos económico-sociales.

Asombra, desvela, confunde cómo las naciones y los hombres de todas las latitudes vuelven los ojos hacia ideas bolivarianas —cordillera de pensamientos—, verbo encendido y numen profético. No se requiera ahora la mera solidaridad americana. Es preciso la unión con España, porque somos la misma sangre, los mismos huesos, idéntico destino. Bolívar no quería naciones gobernadas por el cesarismo estéril, la arbitrariedad, el abuso del derecho.

La ley es el mejor trabajo intelectual del hombre. Y éste, una criatura sufriente que necesita un mundo mejor. Por ese mundo luchó Simón Bolívar, sin una hora de reposo.

Recorrió el Andes a golpes de lanza. Redactaba proyectos de Constituciones sobre la calavera de un buey a la luz flaca y amarillenta de una vela de cebo. Recorrió a caballo distancias fabulosas que hoy son una fábula. Derrotado, vencedor, encolerizado a veces, alternaba con sus llaneros macilentos o con hombres de docta capacidad para el diálogo fecundo. O acariciaba, lenta y morosamente, la piel de durazno de una bella doncella.

Toda la vida del Libertador Simón Bolívar fue una sólida continuidad jurídica. Eso lo reconocen hoy los más grandes investigadores de la historia de América. Ha pasado la hora de las recriminaciones, los desvíos, el desconocimiento de los hechos. Las aguas han tomado su nivel natural.

Hoy, Bolívar, ese vidente que murió en San Pedro Alejandrino, en la más desflecada pobreza y que en la vida solo tuvo tiempo para vivir su hazaña hasta la empuñadura, tiene una estatua en la ciudad de Madrid, precisamente porque con España nos hemos unido para un destino mejor, solidario, unitivo y creador.

Pueden ahora los siquiátras considerar la actividad bolivariana como una enfermedad para encasillar en sus teorías la vida del Libertador. Vano empeño. Los hijos de Freud y de Fromm, no entienden cómo, en un país de pereza musulmana, en un continente de indiada lenta y recelosa, se produjo ese fenómeno que se llamó **Simón Bolívar**.